

UNA CARTA

Querida Hermana

Hoy tengo muchas ganas de escribirte: hace mucho tiempo que no lo hago. Y también tengo ganas de hacerte perder tiempo. Con mucha razón vas a pensar que estoy loca, pero no. Porque he estado pensando mucho y me doy cuenta que lo esencial de nuestra vida, y lo que vale para la eterna es “perder el tiempo”. Porque alabar a Dios no produce nada, es solamente dedicarle a Él nuestro tiempo, y nuestra oración personal es estar un rato a solas con Jesús, perder nuestro tiempo para conocerlo y amarlo. Tampoco produce nada. Y amar a los demás es pérdida de nuestro tiempo: es dedicarles minutos de nuestro pensamiento y atención. Tampoco produce nada. Aunque todas estas cosas tengan alguna expresión palpable, su fruto es interior y puramente espiritual.

Dios mismo que creó el tiempo, pero está fuera de el, se hizo hombre y quiso perder su tiempo por nosotros. ¿Te das cuenta qué maravilla? ¡Qué gozo es para mí y para cualquiera que Dios nos lo haya hecho saber, el pensar que el Verbo padeció el tiempo, se limitó a él por mí, no nos salvó desde la eternidad sino desde el tiempo! Este tiempo del que alguna vez me quejé porque no me alcanza; pero fui necia porque me sirve para pensar en Dios y es suficiente (lamentablemente también lo uso para pecar). Pero si no me alcanza para hacer lo que quiero me lo merezco por egoísta; no debo quejarme de lo que Dios me da, sólo debo darle gracias aunque sea poco, pero no es poco porque es el que Dios quiere, y si me muero ahora no me voy a ir al cielo por haber estudiado o leído mucho, sino por haber hecho la voluntad de Dios durante cada minuto de los que me dio, aunque no me hayan alcanzado para leer todo lo que hubiera querido.

Cuando quiero a alguien le doy mi tiempo, y cuando no quiero, no me dan ganas ni de compartir un minuto. Para mí es un gran sacrificio estar un rato con alguien que me resulta antipático: ese tiempo me parece eterno y también una grave pérdida. Pero siguiendo el Evangelio, esto puede ser una verdadera ascesis para llegar a la perfección del amor. Hacer con todas las personas sin excepción como hizo Jesús, perder su tiempo hablándoles, enseñándoles, y a la larga terminaremos queriéndolas para amar a Dios en verdad. Yo no puedo enseñarles nada como lo hizo Jesús, pero puedo escucharlas o contarles algo.

Ahora me acuerdo lo que el Principito dijo a las rosas en su diálogo con el zorro: “Sois bellas, pero estáis vacías. No se puede morir por vosotras. Sin duda que un transeúnte común creerá que mi rosa se os parece. Pero ella sola es más importante que todas vosotras, puesto que es ella la rosa a quien he regado. Puesto que es ella la rosa a quien puse bajo un globo. Puesto que es ella la rosa a quien abrigué con el biombo. Puesto que es ella rosa cuyas orugas maté (salvo las dos o tres que se hicieron mariposas). Puesto que es ella la rosa a quien escuché quejarse o alabarse, o aun, algunas veces, callarse. Puesto que ella es mi rosa” Y volvió hacia el zorro:

—Adiós -dijo.

—Adiós -dijo el zorro-. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. El tiempo que perdiste por tu rosa hace que tu rosa sea tan importante.

Los hombres han olvidado esta verdad. Pero tú no debes olvidarla. Eres responsable para siempre de lo que has domesticado. Eres responsable de tu rosa...”

Por eso “pierdo el tiempo” escribiéndote y me gusta que lo pierdas conmigo, porque Jesús está entre nosotras y en definitiva lo perdemos con Él.

Jesús nos llamó “sus amigos” y Él es el amigo por excelencia, por eso está presente en nuestra amistad.

“No era más que un zorro semejante a cien mil otros. Pero yo lo hice mi amigo y ahora es único en el mundo”.

Vos también para mí, antes, eras una hermana como otras cien mil.

Gracias en el Señor.

Mónica